



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TITULO: **La continuidad del presente: Una visión desde la psicología social y psicología política**

AUTOR: *Miguel Angel Aguilar D., César A. Cisneros Puebla* [*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

Time present and time past are both perhaps present in time future, and time future contained in time past.

T. S. Eliot, Four Quartets.

RESUMEN:

Mediante la fundamentación de la temporalidad como categoría de análisis psicosocial se establece la emergencia de la alteridad en tanto proceso de socialización que constituye al orden público o a su reformulación. Con ello se plantea el proyecto, de una psicología que se ocupe de la discontinuidad con el fin de permitir la comprensión de la subjetividad social dentro del presente. Para otorgarle sentido político al proyecto se le inscribe en la discusión sobre el realismo político y se esboza una crítica a la utopía como lo imposible pensable que incapacita visualizar el proceso productivo de nuevas formas de civilidad.

ABSTRACT:

Present time and its continuity: a perspective of social and political psychology.

By means of fundamenting temporality as a category of psychosocial analysis, the altering process of socialization is established constituting it to public order or to its reformulation. A project is thus carried out, having psychology devote itself to the discontinuity with the purpose of allowing the comprehension of social subjectivity within present time. In order to consent a political meaning to the project it is registered under the discussion about political realism, then a criticism in outlined to the utopía of the unthinkable that will incapacitate the visualization of the productive process of new ways of civility.

TEXTO

Introducción

En un contexto cotidiano donde múltiples discursos sociales provenientes de diferentes ámbitos remiten incisivamente a nociones como "lo moderno", "lo posmoderno", "lo actual", resulta pertinente elaborar una reflexión sobre la temporalidad como categoría de análisis social y psico-social. Categoría que, al margen de considerar su contenido como

un ritmo expresado en el calendario y el reloj, sea capaz de mostrar la acción y conformación del actor colectivo frente a las posibilidades de su horizonte de vida.

Un primer elemento a considerar en esta reflexión estriba en reconocer la distancia existente entre el evento y el análisis. De una forma u otra las ciencias sociales, cuando se proponen evaluar un problema reconocido por la opinión pública como importante (sea un sismo, la algarabía por un evento deportivo, los motivos de una huelga o de una acción gubernamental) ese evento ya ocurrió o simplemente está en vías de perder su vigencia como asunto socialmente relevante. Así, el científico social se presenta ante hechos consumados, o en trance de serlo, en términos de su presentación como "problemas de actualidad". Es decir, dicha distancia instaura una distinción metodológica entre la mirada constructora de las dimensiones del evento mismo y la relevancia inmanente de la duración tanto del análisis como de lo analizado.

Otro elemento pertinente es el de la temporalidad analítica en que se inscribe el científico social y aquella asignada a los actores del evento; es decir, un fenómeno social ¿es pensado a partir de la recurrencia, y por tanto analizado como continuidad que se origina en el pasado, o desde la novedad que lleva implícita una ruptura? Preguntarse entonces sobre lo que ocurre al aplicar viejos esquemas interpretativos a procesos emergentes, o viceversa, da cuenta de cómo se construye la ubicación temporal de los asuntos que ocupan a las ciencias sociales.

Hay que considerar también que el presente nunca es una temporalidad -en tanto que dimensión- en la que se inscriban con criterios de exclusividad actores sociales o que requieran ser legitimados para simplemente estar; el presente se vive y se constituye en sensibilidad pública por ellos mismos. Vale decir, son los diversos actores sociales los que definen las posibilidades y modalidades del ser y estar contemporáneos. En síntesis, actor y temporalidad se expresan como unidad teórica de análisis: no están separados por la piel y el minuto, ni por el sólo transcurrir y la acción; es en ese sentido que privilegiamos aquí a la temporalidad social como momento subjetivo de la reproducción y de una eventual ruptura.

Sin embargo, ¿cuál es el tamaño del presente?, ¿cuál es su extensión para los actores que participan de él?. ¿En qué consiste esta temporalidad común y delirantemente heterogénea que llamamos presente?

A partir de la multiplicidad de actores sociales hay, sin duda alguna, pluralidad de presentes. De hecho, el diálogo público, si lo es, resulta integración de temporalidades; si no lo es, por efecto de soliloquios o demagogias, se nos presenta como relación social desigual. Por ello, los límites del presente son siempre compartidos: son los horizontes de una intersubjetividad en continuo proceso de transformación. Así, frente a la decisión de pensar al presente como unidimensional, en tanto evento de la duración, reconocemos por el contrario, su complejidad como momento social.

Considerando lo anterior en este trabajo buscaremos lo siguiente: analizar el discurso de lo posible -desde el presente- como hacedor de realidades; pensar en las posibilidades analíticas de una psicología del presente; abordar el esquema interpretativo del realismo político vinculándolo con la psicología social y política; por último, esbozar la ubicación de diversos actores sociales en relación a la utopía (o lo imposible pensable).

1. De lo posible y la alteridad

a. Lo posible como hacedor de realidades.

Son los recursos simbólicos de una sociedad o un grupo los que marcan su horizonte de acción. Es en función de la capacidad para nombrar, representar y dotar de significado a los sucesos cotidianos que se estructura un marco en donde las acciones individuales y colectivas encuentran su ubicación y son comprensibles; se les reconoce como producto social y no como aparición ininteligible del azar.

Así, la experiencia acumulada a través del tiempo, lo mismo que el contacto con otros, sea anónimo o cara a cara, va formando un consenso sobre aquello a lo que se puede dar un carácter de real (Schütz, 1974; Berger y Luckman, 1979). Esto evidentemente habla de un proceso de socialización que nos define frente al mundo y establece los límites de lo colectivo, de lo que se tiene en común y es reconocible. Es así como no puede existir como real lo que no es dado nombrar frente a otros, lo no decible o comunicable; podrá existir eventualmente pero en calidad de sentimiento extraño, incómodo; algo que posee el mismo material que los sueños. Este sentimiento tendrá que esperar a que le broten palabras, lenguajes, para poder aparecer y ser reconocido colectivamente como algo real.

De esta forma, en donde no existan modelos ni experiencias que marquen pautas de acción virtuales, los límites de acción estarán marcados por el tradicionalismo; la repetición será el signo de la vida social: el grado cero de la innovación. En esta situación, en palabras de Attali (1985:20), "el futuro resulta peligroso si no es la repetición del pasado". Con todo, una situación semejante de ausencia de transformación sólo se puede lograr a partir de un aislamiento social total, y esto es harto improbable en la sociedad contemporánea. ¿Qué explicaría entonces la persistencia de núcleos fuertemente conservadores e incluso fundamentalistas en nuestros días? Podríamos aquí adelantar como hipótesis que la reducción del horizonte de posibilidades atraviesa por la descalificación y exclusión de las diferencias, ubicándolas en los márgenes de la sociedad; de tal forma que todo intento de transformación se convierte en transgresión y es sancionado de diversas maneras.

Son múltiples los trabajos que en el contexto de la psicología social han abordado este género de problemas vinculados con la valoración del otro. Investigaciones ya clásicas como las de Sherif (1984) sobre cooperación y competencia grupal, o los planteamientos de Tajfel (1972) y Deschamps (1984) sobre categorización social abordan la construcción de distancias cognoscitivas y afectivas entre los miembros de grupos aparentemente neutros y sin animadversión entre sí. Resulta de estas investigaciones el hecho de que las diferencias pueden inventarse a partir de cualquier rasgo del otro o de su contexto cotidiano. Igualmente aparece que las diferencias trabajan en favor del grupo que las crea y se apropia de su divulgación, creando así una evaluación positiva del intragrupo (o grupo de pertenencia) y negativa del extragrupo (los otros).

¿Hacia dónde desemboca esta reflexión? Podría afirmarse que en una de sus vertientes lo posible pasa por la construcción de una mirada de reconocimiento, e incluso, de descubrimiento de la alteridad: a cada Robinson le espera su Viernes. Más allá de un proceso de categorización social, sustentado a partir de diferencias, la ampliación de los márgenes de lo posible supondría precisamente una valoración y un diálogo con lo diverso que desemboque en la creación de una cultura de la alteridad como estrategia para ampliar los márgenes del presente.

Por otra parte, es pertinente afirmar que el sentido común funciona como institución de legitimación del presente al proporcionar un marco de referencia consensuado sobre las certezas compartidas, conspirando así contra la legitimidad de las transformaciones súbitas, de los rompimientos de un orden necesario para pensar el mundo. Es en los intersticios del sentido común, conocidos como dudas, que se genera la incertidumbre

capaz de abrir un proceso de reconocimiento de la alteridad. Así, un discurso social que nunca duda de sí propone una homogeneidad colectiva sobre un presente disperso.

En suma, el tamaño del presente es el de la mirada pública diurna; la que sabe de los objetos bajo la luz y reconoce claramente sus dimensiones, omitiendo su sombra que es lugar de presagios.

b. El discurso de lo posible como orden político.

Cabe proponer de entrada que no hay pluralidad de actores sociales como resultado de alguna predeterminación social, llámese a esta "gran marcha de la historia" o "compromiso con el destino". Son las pasiones, sentimientos, deseos y acciones las que, al vincular a un "nosotros" frente a muchos "otros", constituyen a los actores mismos en el escenario polimorfo del presente público. Por ello, el orden político supone la institucionalización del conflicto en tanto debate sobre las diferencias y reconocimiento de los límites del otro. Dicho orden es, simbólicamente, capacidad y destreza en el dominio de la otredad. Existe el orden público en tanto se niega o asimila la interpretación de la disidencia o la rebeldía: si dicho orden es dominio, lo es, sencillamente, porque el discurso del orden ha construido a la realidad como la certeza de un verosímil para los otros (Lechner, 1988). Las distintas temporalidades sociales ahí se ven constreñidas a una sola dirección: la del poder institucionalizado.

La posibilidad siempre aparece, en consecuencia, no sólo como el discurso sobre una realización, sino como la realidad misma. Lo cual atañe directamente a la construcción social de un presente cuyas superficies puedan mostrar, en la dinámica del cambio estructural, o la prudencia de la duda como propiedad colectiva vuelta recurso de rebeldía (pluralismo) o el inmovilismo político como ejemplo de identidades perfectamente acopladas entre sí a una temporalidad que niega la alteridad (totalitarismo).

En tanto que la realidad es subjetividad acumulada, es decir cultura, como resultado de las capacidades de nombrar y comunicar, el orden político siempre es presente, dado que su discurso articula las diversas expresiones sociales. Los lenguajes de lo posible forman (Certeau, 1985: 52) la secularización de lo pensable, y, en ese camino, la socialización del presente es estructura de inteligibilidad del orden o conflicto políticos. La secularización de lo pensable instauro el orden social de lo posible, y si el discurso de lo posible crea al orden político, por ello afirmamos junto con Wittgenstein (1973: 203) que lo inexpresable es el orden de lo místico, aquello que no puede ser comunicado y socializado, sólo vivido.

c. La certeza de lo posible como construcción de presente.

El sentido social es siempre la estructura de inteligibilidad no sólo de lo público sino, también, de la intimidad y lo privado. Trátese de lo nombrable o de lo que no lo es, en tanto límite de su significación, la búsqueda afanosa por construirle un orden a su acontecer -se trate del amor, de la ensoñación, de dolores no reconocidos, etc.- se formula, sin duda alguna, desde el conjunto de códigos interpretativos de cuya socialización es resultado la capacidad misma de nombrar o de no hacerlo.

Por ello es fundamental reconocer la relación entre el presente, la duda y la certeza. Ante una situación dada, Aristóteles (Barthes, 1974: 52) respondió a la cuestión ¿Qué tenemos por cierto? de la forma siguiente: 1. Los indicios seguros, que podemos significar, desde el plano conversacional así: "... ¿que ganó el PRI las elecciones? ¡claro! hubo fraude..."; 2. Lo verosímil, que como noción públicamente asumida asegura que lo contrario a lo nombrado nunca es posible, vgr.: "... al que nunca madruga, Dios nunca lo ayuda."; 3. El

signo, que siempre es ambiguo: como el verde, blanco y rojo que no puede usar el PRD en su emblema.

La certidumbre del presente como construcción social de la realidad es, desde una retórica del discurso público, sólo la muestra del funcionamiento y estructura de una lógica de pensamiento social. Esta lógica discurre en los planos del sentido común, estableciendo los patrones de comportamiento social que crean al horizonte de posibilidad reconocido como presente: el sentido común no duda de lo que afirma, dado que su afirmación está compuesta de las certezas expresadas como orden social. Cuando, por el contrario, el sentido común formula la reflexión del presente como crítica cultural, de hecho instaura al desorden como estrategia.

Así, es conveniente reconocer que los indicios, lo verosímil y los signos son patrimonio del pasado hecho continuidad del presente. De ahí que todo discurso político efectivo lo sea, precisamente, al tener capacidad de articular entre sí a las culturas políticas, las imágenes colectivas, los proyectos ciudadanos y las experiencias cotidianas del conjunto de la sociedad.

El presente siempre tiene nombres, lo inefable, por efímero, es ya pasado. Cuando el presente adopta el nombre de la duda, con ello se deslegitima al orden que lo sostiene. Si el orden político está compuesto de certezas, la duda, al generar caos e incertidumbre, desordena: es así como el orden, en tanto construcción de presente, resulta estar compuesto de intersubjetividades no pendientes en absoluto del tiempo entendido como sucesión. Por el contrario, las intersubjetividades se expresan como realización atemporal de un dominio simbólico con una discursividad no exclusivamente lingüística.

2. Psicosociología del presente

Si la noción de presente es necesaria dado que designa tanto la condición de habitar un tiempo común, como la configuración de posibilidades y la materialización de pasados ¿es plausible pensar en una psicosociología que se ocupe de ella?

Cabe apuntar, de entrada, que si desde una óptica analítica buscamos la relación plena con una subjetividad social como totalidad, hemos de encontrarnos aún ante el reto de vivir, desde la situación del actor, la exhaustividad de sus presentes. La dicotomía sujeto-objeto plantea la explicación de un evento a partir de su "invención" por un lenguaje científico que procura la objetividad; la comprensión, en cambio, devela en el objeto al sujeto que somos y pone en juego los recursos de una cultura compartida y heterogénea para comenzar el análisis.

Es así que la psicosociología del presente, al mirar un proceso, participa en él no sólo por el hecho de compartir a lo mismo y lo diferente, en un juego de identidades que todo investigador participante ha de realizar. A dicha psicosociología no se puede ingresar sin la vivencia profunda de las desgarraduras y contradicciones de los tiempos sociales ajenos.

La condición temporal del estar ahí es cualidad humana. Como cultura vuelta consumo del olvido, dicha condición es teatralidad de una espera; como los dramas de Beckett: "Somos lo que somos. El fondo no cambia". Las velocidades de la subjetividad social no tienen principio ni fin: sólo están presentes. Por ello, nunca esperamos al presente, lo recreamos con el lirismo de lo extenuante.

De manera congruente con lo ya señalado, apuntaremos dos formas en que el proyecto de una psicosociología del presente pudiera constituirse.

“ La discontinuidad como simulación

Una primera vía pretendería analizar fenómenos que se expresan a sí mismos activamente como hacedores de presente. En este ámbito caerían modas de toda índole, fugaces ofertas culturales, estéticas instantáneas y lenguajes restringidos que buscan crear cierta textura de sentido particular empleando el argumento de lo actual. Lo cotidiano, lo no relevante, lo aparentemente banal (entendido como aquello de lo que uno no se preocupa cuando está preocupado), se constituiría en materia de trabajo en esta perspectiva.

En rigor lo que cabría abordar son las formas de proponer y representar el presente desde una ingenua fe en la novedad del olvido o, si se prefiere, desde hacer de la discontinuidad proyecto de consumo cultural. La seducción del instante o del momento pretende crear en sí misma las condiciones para su reproducción, sin embargo, ante la imposibilidad de perdurar en su objeto, solamente reproduce el mecanismo.

En las múltiples variantes que ha tomado la discusión sobre la posmodernidad se ha pensado a la producción cultural contemporánea como marcada por "la era del vacío" (Lipovetzky, 1988) o como el jardín de los signos que se bifurcan (Jameson, 1987; Baudrillard, 1987; Castoriadis, 1987). La diferenciación entre forma y fondo (o entre significante y significado) ha permitido señalar a la sociedad actual como el lugar de lo visual, de los efectos especiales con una limitada capacidad para generar un sentido sobre lo vivido. Así el asombro se constituye no en posibilidad de conocimiento al abrir nuevas capacidades de pensar y sentir, sino en la previsibilidad de una estrategia cultural.

En un ámbito temporal en el que dominan las formas y sofisticadas escenografías de representación, el sentido de la acción está las más de las veces supuesto en el rito de aparecer ante otros. De aquí que se hable de la teatralidad del presente al pensar en principio a los otros como extraños, frente a los cuales la carta de presentación estriba en jugar con la diferencia y la semejanza. Diferencia en tanto que el rito opera como mecanismo de distinción social (un manera de caminar, un gesto en su lugar, un cierto silencio entre las palabras, etc.), y semejanza en tanto que el reconocimiento del otro es plausible.

Las posibilidades tecnológicas, por otra parte, recodifican el pasado de tal forma que se asuma como presente. Con todo, en este proceso aparece un nuevo objeto sin historia; vale decir, desideologizado. Sean viejas películas originalmente filmadas en blanco y negro que han sido puestas en color o discos de rock de principios de los sesenta transferidos en Compact Disc, la cultura contemporánea recicla su propio patrimonio para simularlo como algo actual. Paradójicamente esta fascinación por el presente crea un dispositivo para la desaparición de sus productos: en la persecución del olvido está el olvido de las estrategias empleadas para aniquilarlo.

“ La discontinuidad como reconocimiento e invención

Una segunda forma de este proyecto podría ser el ocuparse de aquellos fenómenos que señalan una discontinuidad y ruptura frente a formas tradicionales de vida colectiva. Es decir, constituir en objeto de trabajo los procesos emergentes a nivel social que se deslindan de su pasado inmediato por el tipo de actores que participan de él, sus mecanismos expresivos, el corte de sus demandas, el sentido que le asignan a su acción; en una palabra, por las posibilidades que dibujan sobre el espacio social.

Fenómenos vinculados al neoliberalismo económico, a la estructuración de la sociedad civil, a las organizaciones a nivel local -por poner algunos ejemplos-, serían explorados en tanto que portadores de nuevas formas de lo social en movimiento.

En el fondo esto implicaría volver la mirada del foro hacia el coro, y pensar que la representación central de un proceso social es posible dada la movilidad entre ambas instancias de participación, o si se quiere, entre lo público legitimado como tal y lo público en proceso de conformación. La periferia de un problema determinado (es decir, desde dónde se crea su percepción cómo problema, cuál es el origen de su actores, etc.) en ciertos casos nos permitiría saber más de él que una mirada fija en su centro.

En este acercamiento se requeriría una buena dosis de sensibilidad e imaginación psicosocial para intuir, e incluso convocar, un fenómeno antes de que se institucionalice como problema. La institucionalización haría perder el carácter dinámico del análisis, trocando el evento en movimiento por el evento mistificado. Y así en los lenguajes elaborados para aprehender el presente éste no se reconocería sino como mala fotografía.

Un elemento a considerar en este abordaje es la participación del analista social no sólo como alguien que busca encontrar el porqué de lo que ocurre sino alguien que al mismo tiempo participa del proceso analizado. Se transforma así en un actor entre otros, dentro de una red de jerarquías de relevancia social. La opinión pública sobre determinado evento se convertiría entonces en una interpretación colectiva sin especialistas como únicos portavoces legítimos.

3. El realismo político como esquema interpretativo

La legítima discontinuidad o ella como simulación se nos pueden mostrar como una ausencia de duración. Por ello necesitamos un concepto fuerte de tiempo (Lechner, 1986: 28) que nos permita estructurar pasado, presente y futuro como un proceso productivo.

El reconocer la continuidad del presente ayuda, desde este horizonte a contemplar al mismo tiempo: 1) la temporalidad de los actores por su efecto en la transformación de las instituciones o por la construcción de redes sociales cotidianas y estables, como se nos muestra en los nuevos movimientos sociales y en el acendrado individualismo de las juventudes neoconservadoras, cuyas matrices culturales reordenan o asimilan en forma diferente sus modelos de comportamiento frente al mercado y la política, y 2) el proceso productivo de ellos mismos por la configuración del presente venidero desde el futuro actual, en tanto que ellos son estructura de inteligibilidad de lo posible.

Sin embargo, la ausencia de duración en tanto finitud no tiene como única forma de manifestación al presente continuo. Esto se muestra por ejemplo al pensar en las ideologías institucionales del nacionalismo revolucionario, cuyo más de medio siglo de existencia parece perfilar una renovación constante, o al identificar las variadas expresiones de la estatolatría visibles en el espectro político del país como resultado del aprendizaje social del patrimonialismo novohispano. La historia de las mentalidades colectivas, por citar un caso, representa la perpetuidad del pasado en relaciones sociales que transitan desde el ámbito de la cocina y los modales de mesa hasta el pensamiento religioso oficial y la secularización de lo sagrado.

Desde este horizonte, afirmamos que toda psicología del presente sólo puede serlo al estudiar lo familiar, lo naturalizado, la trivialidad y lo cotidiano desde las dos formas ya esbozadas. De ahí que nuestra definición de psicología política formule que su materia de investigación está compuesta por los colectivos en proceso, cuyas cotidianidades se

extrañan de lo familiar con vocación desordenadora, es decir, afirman categóricamente sus dudas sobre lo posible.

Se puede apuntar que el realismo en política no se vincula sólo al pragmatismo, a la eficiencia ni al acierto en la toma de decisiones. El realismo puede ser conceptualizado como un juego de identidades colectivas e institucionales que define y reconoce a los que deben participar, a la vez que, en el caso de los juegos propiedad del poder, éste cuenta con la posesión del inventario único de reglas que permiten continuar o perder el turno. Por ello, desde el dominador -y recordemos aquí que el poder siempre emerge de situaciones de escasez- ser realista es poseer la capacidad de control para el futuro. Por esa razón, se afirma (Lechner, 1987: 50) que el realismo político es categoría crítica referida a la construcción de un nuevo orden.

Para nosotros, en la perspectiva de la psicología política, la temporalidad del realismo esta fundada en la discontinuidad de las certidumbres consensualmente elaboradas. Por ello afirmamos que los movimientos sociales y la rebeldía ciudadana se encuentran frente a dos opciones: o ingresar al juego de identidades que formula el realismo desde la continuidad de las certidumbres comunes necesarias a la lógica del poder, o, generar, desde un realismo cuya temporalidad se funda en la continuidad de un presente autogestionado, otro juego de identidades que transforme al orden de las reglas y a la simulación de la discontinuidad.

Hasta hoy ha resultado evidente que los comportamientos colectivos aglutinados alrededor de la democratización de nuestros quehaceres públicos han seguido, lamentablemente, la primera opción casi en todos los planos: la búsqueda de un sistema competitivo de partidos políticos, la lucha por la calidad de vida y el medio ambiente, la seguridad pública, la defensa del voto y la soberanía popular, por decir sólo algunos casos. Pero la han seguido prácticamente como si del coro sólo se viese la sombra; aparentando que de la legítima discontinuidad los analistas no fuéramos capaces de percibir sus potencialidades, o porque en realidad dicha discontinuidad aún están germinando sus estadíos iniciales.

Por eso señalamos también, la necesidad de poner al descubierto la crisis anunciada del esquema temporal de lo político: la ciudadanía toda -y con ella el conjunto de sus cotidianeidades diversas con gramáticas multiformes- ha de socializarse cada vez con mayor vehemencia en la recomposición de su presente.

¿Cómo pensar de otra manera el hecho de que la subversión de las cotidianeidades tome formas tan distantes como las que comprenden desde la crítica individual a la discontinuidad como simulación (el auténtico kitsch como grotesca presencia callejera), hasta las revueltas sociales cuya temporalidad se inscribe en la gramática de futuros realizables en un aquí y un ahora (el movimiento neocardenista de 1988)?

El realismo político como esquema interpretativo para una psicología del presente debe ser capaz, a la vez, de abrir al analista hacia la vivencia plena y participativa de la totalidad de presentes involucrados en la acción social; de posibilitar el reconocimiento de la discontinuidad no por el proyecto de futuro perfilado sino por el significado que, en la situación del actor, produce la crítica del presente. La producción desordenadora del presente es, con todo, desde el realismo político y frente a las discontinuidades, el proyecto de psicología social que se formula.

Conclusiones

El tiempo vivido como fatalidad y destino por cumplir es inútil. De aquí que el presente público asumido desde la continuidad sin proyecto visible, resulte en una mera reproducción de las formas dominantes de estar en la sociedad. Sin embargo, y a contracorriente del pensamiento neo-liberal y privatizador, es plausible reconocer que han aparecido en el ámbito civil creativities innovadoras que abren un nuevo campo de posibilidades de acción: movimientos urbanos, prácticas políticas que prescindan del corporativismo, el sector informal en alguna de sus variantes, etc. La civilidad, en tanto que no definida unívocamente en su existencia por las instituciones, posee los recursos de una autonomía que se muestra en situaciones de excepción, inaugurando así formas del estar colectivo.

Esta creatividad se muestra en más de una forma: en el humor, la ironía, en la creación de discursos excesivos o paradójicos que ponen al descubierto los mecanismos de articulación de lenguajes vistos como "normales", en el reciclamiento de símbolos y prácticas fuera de su contexto original (el comercio ambulante convierte a la planificación urbana en mercadotecnia aplicada). Esta inteligencia en el empleo de tradiciones y sus formas de representación supone el ejercicio de la crítica (entendida como superación de una práctica y un discurso) que a medida que se torne reflexiva y sistemática, será inseparable de una invención caracterizada por su riqueza.

Lo que mueve a la creatividad, la persecución de un imposible cercano, no sólo se ubica en el futuro, se le puede pensar como constitutivo del lado oculto del presente, una virtualidad a la espera de ser habitada. Ubicar los límites de la acción colectiva en un largo plazo dificulta aún más la sensible aprehensión de las lógicas del comportamiento social por parte del investigador: leer los múltiples presentes de las realidades colectivas desde la gramática de un futuro único encierra y limita las posibilidades de comprensión de los presentes creativos y polifónicos.

Afirmar al presente como lugar del imposible pensable implica que los horizontes de posibilidad no están definidos, en rigor, sólo por su existencia en los planos del debate público. El imposible pensable es siempre utopía, pero ésta no es real ni virtualmente el proceso fundamental de constitución de sujetos sociales. Ejemplo de esto es el hecho de que las utopías contemporáneas reconocen una nueva asignación temporal, han dejado de alojarse en el futuro para expresarse como nuevos límites del presente. Ya no expresan la realización terrenal de las filosofías del progreso sino una cotidianeidad marcada por la seducción del instante. Es así como ellas suelen tener los rasgos de lo inexpresable, no son individuales y su proceso de socialización es preferentemente afectivo.

Las temporalidades sociales se mueven y conviven como procesos de secularización de formas de vida en constante devenir: pero ellas a menudo no son asumidas en su existencia. Por citar un caso, las contradicciones de un proyecto político cuyo discurso se pretende moderno y que sin embargo, es difundido y vuelto comportamiento a través de estructuras tradicionales de poder, da cuenta del desfase entre el propósito inicial y la capacidad de realizarlo. Es decir, una contradicción de esta índole muestra el desconocimiento de que toda práctica posee una temporalidad que le es propia. Por otra parte, el reconocimiento de la distancia existente entre el evento y el análisis se expresa como necesidad epistemológica de estrategias científicas capaces de cuestionar creencias básicas del quehacer cotidiano del investigador. La lejanía temporal del evento no es en todos los casos forma de fundamentar los conceptos y el análisis. La discontinuidad para ser descubierta exige lenguajes abiertos a la emergencia de lo diferente y lo distinto. Estos, dada su actualidad deben no ser testigos, sino cómplices, de una sensibilidad pública de la cual obtienen su materia de reflexión.

Entre la seducción de una frágil discontinuidad o la posibilidad de analizar lo que está por acaecer se desplaza el análisis de la temporalidad común que es el presente. Aquiles persigue en vano a la tortuga con el mismo afán que el analista al evento; queda esperar, sin embargo, que en algún momento el perseguidor elabore una imagen verosímil de su obsesión, salga en su búsqueda y vuelva para contarlo.

CITAS:

[*] Profesor de la Licenciatura en Psicología Social, UAM-I. Profesor en el Laboratorio de Psicología Social, UNAM.

BIBLIOGRAFIA:

Barthes, R. (1974). La nueva retórica. Tiempo contemporáneo: Buenos Aires .

Berger, T., Luckmann. (1974). La construcción social de la realidad, Buenos Aires: Amorrortu.

Castoriadis, C.(1987). "Transformación social y creación cultural", en Vuelta, 127.

Certeau, M. (1985). La escritura de la historia. Uia: México

Deschamps, J.C. (1984). "Intergroup relations and categorical differentiation", en Tajfel, H. (ed.), The social dimension, Cambridge: Cambridge University Press.

Jamesson, F. (1985). "Posmodernismo y sociedad de consumo", en Hall, La posmodernidad, Barcelona: Kairos.

Lechner, N. (1986). "Reflexiones sobre estilos de desarrollo y visiones del futuro". Repensar el futuro. Faletto, e., Martner, g. (Coord.) Unitar-Profal-Nueva sociedad: Caracas.

Lechner, N. (1987). "El realismo político: una cuestión de tiempo". ¿Qué es el realismo en política?. Catalogos, ed: Argentina

Lechner, N. (1988). "El desencanto posmoderno?. Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna Calderón, F. (Comp.): Clacso.

Lipowetzky, H. (1988). La era del vacío, Barcelona: Anagrama.

Schütz, A. (1974). El problema de la realidad social, Buenos Aires: Amorrortu.

Sherif, M. (1984). "Cooperación y competencia grupal", en Torregrosa, J. (ed.) Estudios básicos de psicología social, Hora: Barcelona.

Tajfel, H. (1972). "La catégorisation sociale", en Moscovici, S. (ed.), Introduction a la psychologie sociale, Vol I. Paris: Larousse.

Wittgenstein, L. (1973). Tractatus lógico-philosophicus. Alianza Universidad: Madrid.